

EL DIAÑU BURLLÓN
(supervivencia de un mito)

MARÍA JOSEFA CANELLADA*

“...parece como si los mundos míticos se hubieran construido para ser destrozados, construyéndose otros nuevos con los fragmentos subsistentes” (J. Caro Baroja).

“Los mitos son siempre raros fuera de Asturias”

(A.R. Almodóvar)

Aparte de los grandes mitos (teogonía, cosmogonía), viven hoy los pequeños, nacidos de las creencias en seres sobrenaturales que entran en comunicación con el hombre. El mito vivo es parte de una tradición consciente, y no tiene nada que ver ni con el cuento, ni con la leyenda, ni con la fábula. El más popular en Asturias es, además de *les xanes*, el personaje de el *Diañu Burlllón*. “Apenas hay aldeano, aun en los tiempos actuales, sobre todo si cuenta cierta edad, que no le haya encontrado alguna noche”¹. ¿Por qué en Asturias están vivos los mitos todavía? Ello se debe principalmente al carácter del hombre astur, con el primitivismo de la vida entre montañas. Naturalmente que esta creencia en los personajes míticos se debe a un impulso ancestral, pero su manifestación actual responde a una necesidad viva y presente, con una dimensión real y auténtica. Cada vez que alguien

*Colaboradora del Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española, de la Real Academia de la Lengua.

¹Constantino Cabal, *Los dioses de la muerte*, 1925.

asegura haber visto u oído al Diañu burllón, se van consolidando las fuerzas que actuaron en tiempos viejos, y que están latentes en la conciencia del pueblo.

En Asturias, en cada riega o en cada *castañeu*, sombríos y misteriosos, puede aparecer el Diañu Burllón. Cada vez que alguno lo oye, se renueva el mito y se consolida la creencia. Para que el mito viva, se necesitan varios condicionamientos: tiene que darse un cruce entre la memoria social y un punto de la realidad viva y actual. Si el lugar y las condiciones climáticas (o acaso astrológicas) se dan, el mito vuelve a aparecer redivivo. Pero ¿cuál es el desencadenante, la chispa, digamos, que suelta el estallido del prodigio?

Aunque *diañu* en Asturias es 'diablo', el *Diañu Burllón* no es propiamente el espíritu maligno. Su rasgo más característico es la burla. Su aparición o su actuación acaba siempre con risas. Y aunque a veces para hacerle desaparecer se haga la señal de la cruz o se diga una oración², no hace mal, ni induce al mal. En toda Asturias se le conoce. En Torazo, concejo de Cabranes, tienen una fórmula que —dicen— es siempre válida para reconocerle:

“Si oes daqué,
o ves daqué que non yé,
entós ye el Diañu Burllón”³.

Esto, además de sus carcajadas, que no faltan nunca. A veces toma la forma de un animal doméstico. Veamos algunos ejemplos de sus apariciones:

“En Coya (Piloña), una vez diba Santiago, el d'equí, a moler. Fo pela noche. Y como ellí non había molineru, el que llegaba tenía que echar él mismo la cebera na monxeca. Y esa noche, al dir Santiago a echar la cebera, saltó una cabra negra de la monxeca. Y echó a correr y desapareció. Era el Diañu Burllón”³.

“Los vecinos de un barrio de Cornellana se vieron burlados por el Diañu. Hace de esto ya bastantes años. El *estru*, o mullido para la cama de los animales, no se bajaba en carros, sino al hombro, o bien amarrado el mullido, o bien metiéndolo en una *goxa* grande. Los vecinos solían levantarse antes del amanecer para salir monte arriba en busca del *estru* o de *fueya*. Por eso a los habitantes de aquel barrio de Cornellana no les extrañó nada que una voz les llamase una noche:

²Aurelio de Llano, *Folclore asturiano*, pág. 58.

³*Folclore de Asturias*. Ayalga ediciones, Salinas, 1983.

—¡Pachu! ¡Antón! Andai, vamos a la fueya, que non tardará en amanecer. Varios vecinos, creyendo que quien los llamaba era alguno del barrio, salieron de sus casas, cogieron una *goxa* cada uno y emprendieron la subida Curión arriba. Llegados al *castañeu*, donde la fueya abundaba, como la noche era oscura y no acababa de amanecer, sentáronse para fumar un pitillo esperando que comenzase a brillar el día, pues con la oscuridad era inútil *garabatear*. Echaron el pitillo, fumaron otro... pero no amanecía, y todos, uno tras otro, sintieron que el sueño los vencía, y empezaron a *pigazar*. Para evitar el frío, todos se metieron cada uno debajo de su *goxa* y se dispusieron a dormir hasta que amaneciera. Pero, eso sí, dispuestos todos a pedir explicaciones al que les había gastado la broma de despertarlos. Entonces oyeron la carcajada inconfundible del Díaño Burllón: ¡Je! ¡Je! ¡Cómo vos engañé!”⁴.

“Un cabreru h’ue buscar las cabras y en yegandu unde las tía, ñon las vía.

Entós emprenció a ‘sberreyar:

¡Halta, tó, tó, tó. Halta, tó.

Dimpués vinierin undi eyi, y eyi víu qui erin los demorgos, colos cuernos y tou, y regolió pal pueblu, y tía las cabras nel corti”.

Inguanzo⁵

“Un pastor h’altaba —y un corderu. Resulta que h’ue a la rebusca deyi pal monti y ayucuyá nuna riega que— y yamin Deboriu, topó’l carneru, y púnxolu tras el yombu. Dimpués d’andar un cachu grandi cu eyi ‘n yombu, pegó un ehberritú y h’uisi iciendu:

—Ixuxuú, ixuxú, que ti la peguei. Otra ñon ti h’arei”.

Camarmeña⁵

“José Pelayo dixo que —y habín pegau. Que querín rezá’l rosariu ‘n casa, y que él tenía que marchar. Y fúise. Pero llamárenlu. Y él non contestó. Y volvieron a llamalu, y entós dixo:

—¡Mierda!

Y entós —¡plumba!— pegáren —y una gofetada bien grande, que— y quedó arresquemando la cara. Dicen que sería el Díaño Burllón.

—Sería o non sería. Pero la gofetada llevéla. Y non había naide per ellí.

Pandenes³

⁴Manuel Antonio Arias. Bol. del Idea, N° 24, pág. 174.

⁵Álvarez Fernández Cañedo, Jesús. *El habla y la cultura popular de Cabrales*. C.S.I.C. Madrid, 1963.

“La 'scaleruca aquella vieya, de piedras vieyes, que había xunta l'horru, oíla yo agayar, y sintía unes piedras per encima les otres. Taba yo na cama, y sintila argayar pocu a pocu, y lluegu caer dafechu. Y decía yo: —¡Ay, cayó la 'scalera l'horru.

Y non cayó, non, que a l'otru día pe la mañana taba ellí tovía”.

La llavona³

“Era pel amanecerín. Diben dos vecinos de La Parte a buscar lleñe a un *castañeu* del Sierru, xunt'a la Cuevona. Al llegar allá, sintieren munchu roiu, como si'l *castañeu* enteru argayara. Asomárense, y era verdá que los árboles taben caendo; caín unos per encima los otros, y oíase a los leñadores serrar y dar golpes col hachu (paicióyos que hasta los oín gritar y llamase a voces los unos a los otros). Entós los dos hombres dieren la güelta pal pueblu, y cuntaren tou lo qu' habín vistu y oyíu. Unes cuantes muyeres entamaren dir pallá a coyer los ramascos que siempre queden pel suelu dimpués d' una poda o una seca tan grande. Y foren p'allá y alcontraren el *castañeu* tou enteru, como había stau antes. Nin rastru de serradores nin de árboles bastíos.

Tou jué 'l Diañu Burlllón”.

La Parte³

“El mio güelu cuntaba que una vez diba la güela pal molín, y a la güelta pescola una tormenta muy juerte. Quedó toa empapada. Pónxose como unes sopes. Y al entrar ena caneyo esa de ahí arriba vio un cabritín negru, piquiñín, muy piquiñín, que debía habese perdíu de la madre co la tormenta. Berraba ellí, al llau de la sebe. Entós dio —y llástima, pónxolu'n burru y atapólu con un sacu. Cuando llegó a casa, dió— y lleche caliente n'una escudiella. El bebiólo y andaba per ellí. Ella tamién se mudó de ropa pa secase. Entós el cabritu, d'un saltu, subiose a lo altu'l plateru, y empenzó a riíse y decía:

¡Ay, que te vi 'l culo!

¡ay, que te lu vi!

¡Ay, que te comí les sopes!

¡ay, que te les comí!

Y saltó riyéndose pe la ventana la cocina.

Era el Diañu Burlllón”.

El Curuxeri³

Las gentes del campo astur afirman con tal acento de sinceridad que oyeron o vieron al Diañu Burlllón, que resulta más fácil creerlos que contradecirlos. Véase cómo me contaba su historia un hombre recio, hecho y derecho, de Santolaya:

“La mio güela era una persona muy seria y muy trabayadora. Non era amiga de conversaciones tontes, nin de bromes, nin nada. Se conoz que tenía bastante con sacá los fiyos p’alantre. Y esto cuntábalo a los fiyos como la pura verdá. Y todos lo creíamos, porque cuando se oe una cosa, sábese bien si el que la cunta ta mintiendo o si diz la verdá. Y esto era verdá, porque ella jurábalo.

Un día taba llavando’n ríu. Y que sintió riíse munchu. Miró parriba y papaxu. Y non había naide. Ella era muy atrevida, y dixo:

—Pues seguru que se ríen más parriba.

Y jué más parriba, y sintió otra vez muy claru:

—¡Ja, ja, ja!

Y non había naide. Lo más claru é que fora ‘l Díaño Burllón, y que é verdá que lu hay; de verdá”.

Santolaya³.

Los científicos que estudian la vida de las aves conocen bien la *estреptopelia* o tórtola turca, una de cuyas especies es la *Estreptopelia risoria*, que se va extendiendo en forma de abanico en dirección N.O. desde Albania.

“Anida en todos los países europeos, excepto en España, Portugal e Italia, donde no obstante ha llegado ya, y es seguro que acabará estableciéndose”⁶. El macho de esta tórtola, durante la época de celo, mezcla a sus arrullos unas carcajadas que tienen gran semejanza con la risa humana.

Es seguro que habrá habido ejemplares invernantes de la *estреptopelia* en la península ibérica. ¿Quién controla rigurosamente los movimientos estacionales de tales animales? Es seguro que alguna pareja llegó a los bosques asturianos, gratificantes y tranquilos, con un verde apropiado a sus apetencias. Y en la primavera, cantaron y se arrullaron y soltaron sus salvajes carcajadas.

Unos renglones más arriba nos preguntábamos dónde el entrecruzamiento milagroso entre la memoria social del tiempo viejo y la realidad viva y actual. Veámoslo despacio, con los ojos bien abiertos al misterio. Para que se dé tal cruce, es necesario conocer la primavera en el bosque asturiano: el gozo renovado de haber vencido al invierno. La vida familiar se vuelca hacia afuera, y los mozos salen a sus cortejos y a sus correrías. El clímax misterioso del día de San Juan se extiende a toda la etapa primaveral, y produce un fondo de barreras rotas, de límites inciertos entre ilusión y realidad.

Hoy mismo, mayo de 1987, en plena época de enormes avances técnicos y científicos, el Díaño Burllón aparece con una nueva aportación viva.

⁶El mundo de los animales, Tomo v, pág. 270. Noguer, Barcelona, 1970.

Hay que estar muy metido y muy vacunado en la vida de las ciencias del siglo XXI para no llegar a oír o a ver al Diañu Burllón.

Tenemos, de una parte, el escenario preciso: la sombra verde-oscura de una riega en un viejo *castañeu* del concejo de Cabranes. El ambiente denso, como de aliento vegetal derramado en el aire. Un silencio hondo y espesado, aún más, con el grito de un pájaro lejano. De repente, una carcajada, cuatro golpes de risa en escala descendente. Luego se repite un poco más lejos. Cuatro veces en tres minutos. La voz, como humana, un poco empañada, como de una persona algo borracha. Es 17 de mayo de 1987.

Fue preciso que el arrullo o el canto de una tórtola cayera en un medio apropiado, en la semioscuridad verde y honda de un *castañeu* asturiano, y no en otro lugar cualquiera, para que la conciencia latente de viejas creencias retoñara en un mito redivivo: el Diañu Burllón.

Madrid, enero de 1988